

24-5-2023

CONCURSO DE RELATOS

Patines

Piñanos

Patines

Un día más, en cuanto la fila se rompió, corrí hacia los cuartitos donde se guardaban los juegos. Algunos estaban impecables, los más recientes, los últimos que habían traído los Cristinos. Porque los antiguos alumnos, los Cristinos, cada año, nos obsequiaban con regalos, que las internas recibíamos con gran entusiasmo, lo más de lo más fueron las bicis, que tuvieron un éxito desbordante y duradero en nuestro pequeño mundo.

En los cuartitos se encontraban las cuerdas de saltar, las raquetas, pelotas y balones de diferente tamaño, los diabólos, los patines, las bicis... Algunos juegos iban quedándose viejos, de tanto usarse, o incluso de no usarse, que no todos tenían el mismo éxito, ya se sabe cómo son los niños. Otros se ponían periódicamente de moda y había que espabilarse mucho para disfrutar de ellos. Muchos se abandonaban de puro viejos después de haberse utilizado hasta la extenuación.

Casi todo se utilizaba mucho más de lo esperado, incluso entonces. De la obsolescencia no habíamos oído hablar. Todos los objetos eran de larga duración. Si los zapatos tenían la suela desgastada, se los llevábamos a la madre zapatera (sí, zapatera, ese era nuestro mundo femenino, sin cuotas), que los dejaba como nuevos.

Tampoco habíamos oído hablar de reutilizar, o de reciclar, o de consumo de proximidad, Pero los hechos demostraban que practicábamos todo ello mucho más de lo que lo hacen los actuales gurús, que acaban de descubrir esa necesidad y nos martillean con sus recomendaciones y exigencias.

El aprendizaje era temprano. Cuántas veces hemos comentado aquella vez que se rompió el crucifijo nuevo que se había llevado a la capilla. Durante el empleo, (el tiempo de aportación que dedicábamos, por obligación, al mantenimiento de la casona) la mala suerte o directamente la torpeza, provocó su caída y ruptura. Afortunadamente no eran añicos y una interna corrió al estudio a por pegamento y se recompuso la pieza sin que nadie se percatara del arreglo. Ni entonces, ni en 30 años, al menos, que se sepa. Por cierto, que la solidaridad, uno de nuestros valores estandarte entonces, fue notable en esta ocasión, jamás se reveló el secreto que compartían, ni se volvió a hablar de ello.

Arreglos obligados y necesarios. Otros eran voluntarios y lúdicos. Ese era el caso de los patines. Había montones de patines, pues se reponían pe-

Patines

riódicamente, pero no se tiraban los viejos, que se amontonaban en los cuartitos.

Mis prisas diarias por llegar a los cuartitos de los juegos, venían motivadas por el deseo de conseguir unos patines, nuevos a poder ser, con ruedas en pleno rendimiento, que no se hubieran escapado las bolitas que proporcionaban el movimiento ágil y rápido. No siempre lo conseguía. A veces tenía que conformarme con patines de segunda, con correas medio rotas y rueditas renqueantes, pero mejor eso que nada.

La dificultad en conseguirlos y mi extremada afición, me llevaba a no quitármelos para montar en bici, cuando por fin llegaba mi turno y podía disfrutar de las vueltas correspondientes por el patio, pocas, porque como he dicho las bicis tenían mucho éxito, todas queríamos disfrutar de ellas. Montar en bici con patines entrañaba un cierto riesgo, pero nunca me dijo monja alguna que eso podía ser peligroso y que no lo hiciera. Quizás en los patios, sin nosotras darnos cuenta, bajarán la guardia nuestras vigilantes e intentarán descansar un poco, también ellas.

Mi deseo por disfrutar diariamente de los patines, me condujo a maquinarse un plan alternativo para conseguir disfrutar de ellos todos los días: me iba a construir mis propios patines. No debía ser difícil, puesto que había muchos. Y, fijado el objetivo, comenzó el escrutinio sistemático de aquel montón de chatarra formado por patines en desuso. Aquello era una mina.

Todos llevaban una pequeña llave con la que aumentar o disminuir la longitud de la planta del patín, y con la que afianzar las ruedas adecuadamente. Solían estar en las fundas de los patines, pero había menos, quizás porque se extraviaban con facilidad, así que me hice con una para mi uso exclusivo y empecé a hurgar en la montaña de patines viejos, considerados ya inútiles. Había que verlos: trozos de delante, trozos de atrás, correas más o menos estropeadas, verdes o marrones, ruedas sueltas...

Resultó que de un patín se podía aprovechar la parte delantera, de otro la parte de atrás y de otros dos, que no tenían por qué ser pareja, las correas. Daba igual que fueran más claras o más oscuras, de un color u otro, lo importante era que conservaran la hebilla completa, y si estaban poco tazadas, tanto mejor. Más trabajo daban las ruedas, que había que elegir con cuidado: que tuvieran el juego de bolas completo, una rueda

Patines

entera de un patín, otra de otro, un poquito más ancha, (¡qué fastidio!), y seguir buscando hasta conseguir las ocho y alguna de repuesto por si acaso.

Mi trabajo dio sus frutos, conseguí unos patines exclusivos y en exclusiva, con los que pasé un estupendo curso de recreos en los que no me los quitaba como he dicho, ni para montar en la bici, ni para saltar a la cuerda, mucho menos para jugar al diábolo, o para competir en un seudo partido de tenis.

Me tocaría esperar unos años para recibir, de mi hermano mayor, unos Sancheski nuevos, el que fue uno de los regalos más deseados de mi vida.